



---

# LA INCOMODA POSICION DE LA CULTURA EN EL DESARROLLO

*Paulina GUTIERREZ*

**C**onfusión, orden y confusión parecen ser las materias obligadas del pensamiento. Con una conciencia permanentemente fragmentaria —acotada por la época, circunstancias, disciplinas y escuelas que nos van modelando— buscamos un orden lógico-explicativo y construimos discursos que, con singular rapidez, han revelado inestabilidad, obsolescencia o limitaciones no previstas (en el lapso de una vida singular hay mucha oportunidad para el rubor).

Si estas páginas abogan por dar sustento a la centralidad del tema de la cultura —en realidad llamar la atención sobre la necesidad de construir un discurso y un marco de referencia acorde a los desafíos que se vienen— lo hacen desde una óptica mestiza, a la vez que desconfiada de todo lo que no nombra, olvida o ignora, y mediante una exposición discontinua, alejada de un planteamiento global y explicativo y que no pone sino algunos temas de los muchos que podrían vincularse a esta discusión.

Concebimos la cultura como el orden de significados que existe en la sociedad, orden en continuo movimiento y en cuya producción e interpretaciones participan un conjunto de actores sociales y de instituciones especializadas, así como cada individuo en la comunicación que establece con su medio. Siendo la cultura el ámbito donde se da significación a los procesos sociales, es también un *espacio clave para los procesos de integración y pluralismo, comunidad y diferenciación que sustentan al sistema democrático*. Es por eso que me acerco al tema de la cultura tanto desde los asuntos relativos a los usos y formas aceptadas de legitimación del poder y la autoridad, como desde las formaciones y expresiones intelectuales, artísticas o mediáticas que sustentan la creación del pensamiento y de las imágenes que la sociedad tiene de sí misma, sean o no producto de políticas explícitas y preconcebidas.

He querido tratar el tema mezclando dos esferas que se resisten a un análisis global y a una vinculación sistemática: por una parte lo relativo a las instituciones culturales y por otra la «dimensión cultural de la sociedad», en un corte horizontal que cruza las competencias de las instituciones especializadas. En ese vínculo (analítico, político, discursivo) entre dos espacios formalmente independientes y sin embargo concreta y prácticamente entrelazados en cada uno de nuestros actos comunicativos se sitúa, creo yo, el desafío cultural del desarrollo.

Por último, escribo desde la situación chilena actual, en una fecha en que predominan los pronósticos optimistas para el país y tal vez por eso mismo me interrogo con mayor crudeza sobre las carencias y vacíos. La transición política parece estar en un cauce sólido y la estabilidad en franca consolidación. Los indicadores económicos alimentan cierto optimismo e incluso desencadenan sueños hasta hace un tiempo impensables. ¿Será posible, finalmente, salir del subdesarrollo? (1). Creo que revisar el tema de la cultura en estos tiempos es necesario para que, junto con consolidar un sistema, seamos capaces de hacer crecer el pensamiento en la sociedad. Y sobre eso, es mucho lo que espera.

## **1. Sobre cultura y medios de comunicación**

*Desplazamiento de la vida cultural.* Durante los últimos años se ha consolidado lo que a menudo se llama una «cultura de la imagen», que

---

(1) Un alto y sostenido crecimiento económico (10% en 1992), bajo nivel de desempleo (5% el mismo año), altas tasas de inversión y ahorro interno e inflación controlada (desde el 12% de 1992 se espera llegar a la meta de un dígito en el plazo de dos años).

no se limita sólo a la forma de producción y consumo de los productos culturales sino que va, en sus consecuencias, mucho más lejos. Ello significa que estamos ante un fenómeno de desplazamiento de la vida cultural desde los espacios públicos (teatros, plazas, foros) hacia los espacios privados, es decir al consumo doméstico e individual de los productos culturales. Muchas parecen ser las consecuencias de ese desplazamiento y mayores aún si las proyectamos al futuro cercano de los «procesos interactivos». De hecho, se trata de una redefinición de lo público y lo privado, producto de la invasión y volcamiento mutuo de una y otra esfera, y dentro de cuyos nuevos e imprecisos márgenes está en juego la forma en que la cultura interviene en la integración de la sociedad.

Llevando el fenómeno del desplazamiento a sus extremos, uno podría sospechar que la sociabilidad sería cada vez menos necesaria para la cultura, o al menos la configuraría de un modo totalmente distinto: el consumo individual y libertad de «zapping» ocuparían el espacio antes reservado a la sociabilidad, el intercambio y la tolerancia. Constatamos, por una parte, que en el espacio privado es donde preferentemente se consume (recibe, apropia) la cultura. Pero, sin embargo, la cultura requiere de la asociación con otros seres humanos para identificar, confrontar y poner a prueba criterios y opiniones. A través de ese intercambio los individuos somos capaces de aceptar la diversidad y hacernos cargo de nuestras propias opciones. Cuando la sociabilidad se estrecha o es reemplazada, podemos suponer que algo está ocurriendo en el carácter de esa cultura y en la forma cómo constituye (y concibe) la democracia. La sustitución de la sociabilidad y de la interacción real por un símil ilusorio que posee atributos de los que carecen los individuos, obediencia y sumisión (la trasgresión puede ser castigada con el silencio), pone a disposición de cada persona un arma potencialmente omnipotente, de poder total. Gráficamente, el pulgar que activa el control remoto reemplaza al índice o a la mano que identifica una posición personal. Sabemos, sin embargo que no se trata de un mismo fenómeno. La fantasía del diálogo, como toda fantasía, carece de espesor simbólico y no esconde sino una compensación: el reemplazo de un nivel de realidad por otro más intangible y aparentemente menos comprometedor. Y, por lo mismo, infinitamente menos creativo a la hora de decidir sobre la sociedad.

*Cultura de la imagen.* El fenómeno no sólo afecta al espacio de encuentro entre el producto y su recepción, sino también ha transformado la narración cultural misma, alterando su concepción según los cánones del medio, lo que fundamentalmente convierte cada historia en fragmentos, independientes de un contexto y de unas referencias históricas concretas, y a cada receptor en un contenedor de imágenes e información disociada y discontinua. Se puede pensar que tales características refuerzan los procesos de fragmentación social o al menos influyen en esa dirección. Cualquiera que sea el peso del imaginario

construido a través del predominio de esta narrativa, creo que es un fenómeno a tener en cuenta tanto a la hora de enfrentar políticas como al concebir el tema mismo de la cultura en la actualidad, más aún cuando la constitución de comunidad por medio del Estado es un tema problemático y pendiente.

*Cambios en la constitución del espacio público.* Los medios de comunicación han transformado la constitución del espacio público. Los medios, y en especial la televisión, han comenzado a asumir funciones de representación que habitualmente pertenecían estrictamente a la esfera del sistema político. Lo anterior ocurre a través de un doble mecanismo: por una parte los medios reflejan (supuestamente) los intereses, temores y anhelos de la sociedad, y por otra parte realizan para esa misma sociedad la representación simbólica de lo que es la política. A través de los medios aparecen a la luz pública tanto los intereses de los ciudadanos conformando la agenda de temas, como la escenificación de lo que es la política para el común de los mortales.

Por otra parte, el debate político que abre la democracia debe contar desde sus inicios con una nueva cultura de la imagen y la mirada, que con sus lenguajes va a condicionar las formas y estilos de la política, más allá de las diferencias partidarias (2).

## **2. Sobre cultura y cultura política**

*Reorganización de identidades y escenarios.* En la constitución de las constituciones de las identidades (nacionales, sociales, políticas, étnicas, generacionales, locales, de clase) encontramos actualmente una serie de cruces que impiden una lectura simplificada y que señalan que estamos ante una reorganización de los escenarios culturales que prevalecieron con anterioridad en Chile. En este caso las transformaciones son producto, especialmente, del carácter que asumió la transición política. Si ya no estamos en una sociedad que se deja vertebrar nítidamente por un eje político —capaz de ordenar todo posible enfrentamiento de intereses y de alinear bajo su mando lealtades de la más variada índole, estilos, gustos, aspiraciones y consumos— tampoco este principio ordenador ha sido reemplazado por otro(s) principio(s) interpretativo(s) equivalente(s). Más bien estaríamos en el interior de un sistema multipolar, donde se conjugan y entretajan diversos agentes en la competencia por los órdenes de significado de los diferentes grupos sociales *sin que estos procesos interrelacionados ad-*

---

(2) Sobre este punto, ver Oscar Landi y otros en *Política y Comunicación: ¿hay un lugar para la política en la cultura mediática?*, Universidad Nacional de Córdoba, Catálogos Editora, 1992; y del mismo autor *Devórame otra vez. Que hizo la televisión con la gente, qué hace la gente con la televisión*, Planeta, Argentina, 1992.

*quieran una significación que englobe y contenga el carácter heterogéneo e híbrido que adquieren los fenómenos culturales.* Sin embargo, la «culturización de lo cotidiano», que aparece como un correlato o tal vez consecuencia a esa multipolaridad, es un hecho promisorio y una señal de que «las cosas del sentido» se vuelven a congregarse allí donde la gente circula e intenta dar una dirección consciente a su vida concreta (particular y asociativa, doméstica y ciudadana).

*La demanda de un marco de referencia.* La precepción (o la situación tal cual es vivida) apunta más a un «descentramiento» que a una pluralidad real, a una búsqueda que a veces se coloca más cerca de la ética que de la política, o más cerca de la práctica común del ciudadano que del cuestionario del sistema, aunque —y esto me parece particularmente importante— de la misma desorientación sobre el uso de la libertad pueda desprenderse un descrédito, una desafección y un alejamiento de los temas de interés común, es decir una cultura sin marcos de referencia. Si la creatividad requiere de la existencia de un marco referencial en el interior del cual sitúa la experiencia cultural como un juego entre «lo que está dentro y lo que está fuera» (3), entonces nos encontraríamos ante la imposibilidad del desarrollo de la creatividad en tanto las referencias plurales no logran constituir algo parecido a un marco o margen integrador. El debilitamiento de los límites ha disminuido las anteriores rigideces pero también ha desdibujado el campo de lo común y compartido. Se puede argumentar, con bastante razón, que la base para el reconocimiento común descansa en la aceptación de los procedimientos de acuerdo a los cuales funciona la sociedad y, en otro plano de realidad, en los sueños que configuran el futuro. La única salvedad que deberíamos tener en cuenta —dentro de esta argumentación— es no confundir sueño, que es una propuesta emblemática, simbólica, con la simple fantasía que, al contrario de la imaginación, sólo es capaz de reflejar la precariedad de la propia identidad.

*Multiplicidad sin pluralidad.* Es así como el «estado de las cosas» en la cultura se podría calificar de multiplicidad sin pluralidad, en tanto la primera se manifiesta en ampliación y variedad y la segunda en la existencia, consciente y práctica, de un marco de referencia en el interior del cual ocurre la diferenciación, cuya movilidad (historicidad) no pone en peligro la existencia e integración de la comunidad, sino es capaz de contenerla y darle continuidad dentro del cambio. El reconocimiento del Otro implica aceptación de la diferencia a partir de la cual cada uno integra su propia diferencia y constituye la base de la convivencia y de la cultura democrática. La realidad cultural chilena, por el contrario, transita entre la continua disolución de los márgenes de lo real-posible y el carácter difuso del perfil de lo deseable, desde

---

(3) Hago acá un traslado muy libre y simplificado de los postulados que trata D.W. Winnicott en *Realidad y Juego*, Gedisa, Buenos Aires, 1972.

la pesadez y ajenidad con que se nos presentan todas las «misiones realmente importantes» del presente (tales como el IPC, y el porcentaje de crecimiento anual, la participación en el PGB, etc.) a la levedad de los aconteceres sin sentido aparente, en fin, hacia la trasgresión sin culpa y la culpa sin trasgresión, dejándonos, como al personaje de Raymond Chandler; tristes, solitarios y punto.

*La difícil relación entre pluralismo e integración.* ¿Cuándo podemos afirmar que un escenario cultural ha cambiado? ¿Cuáles serían sus condiciones mínimas? El regreso a la democracia nos trajo paz, orgullo y hasta bienestar, abrió cauces, legitimó diferencias políticas y nos dejó a la mano la posibilidad de elegir el destino del país. La cultura se esponjó, el arte se expresó libremente y se afianzaron grandes cambios por el lado del sistema comunicativo, que alteró tanto sus cuadros productivos y redes de extensión como las regulaciones y estilos predominantes, reforzándose desde el lado del receptor una cultura audiovisual masiva y relativamente sofisticada en cuanto a la decodificación de los mensajes (4). Sin duda, miradas así las cosas, estamos ante un nuevo escenario cultural. Sin embargo, al revisar algunos fenómenos desde otra óptica, pareciera que demasiados procesos permanecen inconclusos, configurando ese conocido equilibrio precario donde lo existente ya no es satisfactorio y lo emergente todavía no cristaliza, desajuste que se manifiesta en la tensión con que se relacionan las dinámicas que apuntan hacia un mayor pluralismo en la sociedad y aquellas que buscan su integración.

*Un nuevo escenario cultural.* Pese a los cambios observados en estos años en el campo cultural del país no estaríamos, al parecer, ante una transformación cultural significativa en tanto lo que percibimos como «el ambiente cultural» —es decir el medio donde se asienta tanto el arte como la ciencia e incluso los valores en que se funda la convivencia— no estaríamos reaccionando, reflejando o dialogando ante un nuevo escenario. La permeabilidad abierta con la democracia no ha generado (todavía) sus propios mecanismos para procesar ni para sacar las conclusiones de la apertura, y la vocación nacional se ha centrado en sólidos objetivos de crecimiento económico *sin que paralelamente el país se reposicione desde la cultura*, lo que reproduce el riesgo propio de todo monólogo. Al menos que, de los silencios que emite, de los afiebrados sueños con que periódicamente alimenta la imagen de sí misma (laboratorio de todos los experimentos sociales y políticos, tierra de originalidades, tigre de la Malasia) y de la incomodidad con que se maneja siempre el «tema de la cultura», lo que se estaría señalando sea justamente una transformación a otro nivel de profundidad. La cuestión es si se trata —como en otras esferas— de *más de lo mismo*, es decir, si los problemas responden a soluciones de tipo

---

(4) Ver Sergio España, «Un consenso para la TV», *La Epoca*, 20 de agosto 1993.

cuantitativo y redistributivo (más fondos, más infraestructura, más descentralización, más racionalidad institucional, etc.) o bien, si retomando los objetivos cuantitativos y distributivos, es posible plantearse otro estado de la cuestión. Es decir, como un desafío donde está en juego el perfil del país en el futuro y donde la respuesta no es sólo de magnitud como tampoco de responsabilidad exclusiva de políticas culturales especializadas. Se trata de una tarea compleja que compete al Estado y a la sociedad civil, al campo cultural en su conjunto (la educación formal, las comunicaciones, las artes, la ciencia y la industria), así como a esferas habitualmente no consideradas «culturales» (las políticas urbanas, la oferta de los servicios sociales a nivel comunal, la densidad asociativa y el poder de esas entidades intermedias para influir en su entorno inmediato, por nombrar algunas).

Concebir la cultura como factor del desarrollo significa: a) situarla como el campo de las opciones que define el sentido de ese desarrollo (el para qué), lo que equivale, en política, a darle un peso específico mayor del que actualmente tiene; b) poner en movimiento el pensamiento crítico que da lugar al uso de la libertad y a la expresión de opciones, y c) relacionar objetivos mediante una red de instancias e instituciones del sector público y del privado. Asuntos que nos obligan, en todo caso, a ir más allá de las instituciones clásicas de la cultura pero también más acá de la filosofía y de los procesos de larga maduración histórica. Comenzar a construir, en suma, el marco de referencia que falta.

*Demandas sobre la cultura.* Otro ángulo de análisis es la relación actual entre sociedad y cultura y las demandas que hoy en día están recayendo sobre la cultura para que otorguen inteligibilidad a las transformaciones que se producen en la sociedad. La tensión se expresa en ese ambiente de incomodidad a que hacíamos referencia y hace recaer sobre lo que denominamos cultura —como orden de significados, como orden interpretativo— la dificultad de leer y reaccionar ante procesos sociales que cambian vertiginosamente, tanto a nivel nacional como internacional. Ya sean percibidos como amenaza, desconcierto o desencanto del mundo, los cambios de nuestras sociedades demandan un conjunto de interpretaciones más o menos coherentes, asentadas y estables, es decir una cultura que integre signos contradictorios y proyecte metas comunes (5). No es nuestro caso y tal vez no sea el de muchos países. Pero lo específico, sin embargo, es que la transición —con sus peculiares características— y el creci-

---

(5) El carácter difuso de los márgenes entre la cultura y la política es también extensible al campo de las ciencias. Las demarcaciones disciplinarias respondían a sociedades de cambio acompasado y hoy están siendo desdibujadas por el tipo y la velocidad de las transformaciones sociales a que hacíamos referencia. Esto explica la búsqueda, en distintos ambientes, de «temas bisagra» que relacionen lo que aparentemente se manifiesta desintegradamente.

miento económico —con toda su carga de fantasía e incertidumbre— nos ha movido más de la cuenta (o más rápido de lo que la cultura puede procesar), y que nuestro bagaje cultural, tan alterado por los años de dictadura, se hace insuficiente para dar a ese crecimiento un marco y un sentido electivo. Queda, aparentemente, o fuera de nuestro alcance o entregado a la globalidad de las interpretaciones religiosas.

*Tendencias y competencias.* En el trasfondo, coexistente en el país tendencias culturales que se suman, oponen, sobreponen, se ordenan o no en conglomerados relativamente coherentes, muchas de las cuales no conviven ni compiten en igualdad de condiciones, así como otras tampoco configuran discurso y legitimidad, y otras, finalmente, no logran asentarse en la (discutida) diferenciación de un espacio público y uno privado. Una cultura laica y otra de origen doctrinario; confianza o desconfianza en las capacidades del mercado; una cultura arraigada en el centralismo y una legislación descentralizadora; una población censalmente católica que sin embargo orienta sus comportamientos individuales con mayor frecuencia de acuerdo a principios de libertad de conciencia; una tradición institucional fuerte y ampliamente compartida y un fantasma de corrupción y descrédito que ronda últimamente las conciencias; interesados en la política e indiferentes; adaptados e impugnadores; sistemáticos y marginales; en fin, modernos y tradicionales (de izquierda o derecha); nuevos y antiguos ricos, instituciones que fueron y ya no son, ciudades estáticas y ciudades que crecieron —escondidas, protegidas y estrechamente vigiladas— en el interior de la metrópolis; proyectos y sueños que se reeditan cada cierto tiempo, recurrentes y rejuvenecidos solamente por la tipografía y, a la par, nuevos fenómenos para los cuales no se tiene aún ni el nombre. Multipolaridades que nos señalan la dificultad cognitiva pero también valórica que llevan consigo los cambios contemporáneos. ¿Qué peso dar, entonces, a la vieja discusión de forma y contenido? Si la democracia, en lo fundamental, privilegia los procedimientos sobre el contenido, ¿porqué entonces está resurgiendo una demanda ética en casi todos los países democráticos? ¿Cómo y por quienes está monopolizado (o abandonado) el terreno de los valores, si ellos son finalmente los que orientan el uso de la libertad?

### **3. Sobre campo cultural y ambiente cultural**

*Un campo transformado.* Existen transformaciones de distinta procedencia que es importante recordar para comprender el ambiente que predomina en el campo cultural en esta época, la más importante de las cuales es, sin duda y por contraste, la libertad de que gozan los creadores, pensadores y sujetos de cualquier actividad para generar, difundir y confrontar obras, pensamientos y actividades, al igual que ocurre en el conjunto de la sociedad civil.

Desde el punto de vista de las características del campo, destaca la especialización y globalización que han adquirido los circuitos de producción, distribución y gestión, la importancia de las industrias culturales en la generación de oportunidades, la profesionalización de sus agentes, el predominio de las operaciones de mercado y la creciente independencia del sistema respecto al Estado. Estos fenómenos, junto a otros señalados en estas mismas páginas, obligan a reposicionar la labor pública dentro de un escenario diferente al que moldeó sus funciones desde los comienzos de la República (6), concentrando sus esfuerzos —en el caso del campo cultural específico— hacia aquellas áreas más próximas al patrimonio y a la regulación de determinadas áreas, a fin de cumplir, en un caso con su responsabilidad social más evidente y, en otro, con el objetivo de procurar oportunidades de acceso y facilidades de operación coherentes con el carácter democrático del Estado.

*Las políticas de la transición.* No es el objetivo de estas notas dar cuenta de las políticas desarrolladas desde los sectores público y privado durante este periodo de transición a la democracia. Vale la pena, sin embargo, una revisión muy somera de los cambios ocurridos, para recorrer posteriormente, con mayor tranquilidad, las cuestiones pendientes. En relación a las modalidades del circuito artístico, podemos constatar que desde el lado de la producción y el consumo existe un predominio de formas abiertas (*vs.* de gueto) y de mercado (*vs.* solidarias). Desde el lado de la demanda, se han ampliado los públicos, aunque se trata ahora de públicos inestables y «veleidosos» (*vs.* cautivos), constituídos por el predominio de «los gustos» y de los cortes etarios (*vs.* sociales o de clase), y de divisiones que incluyen formas híbridas y heterogéneas (*vs.* ordenamientos coherentes y adhesiones preconstituídas).

Por el lado de las políticas públicas, destaca una ampliación significativa de los espacios (nueva infraestructura, reciclaje y restauración) y de las oportunidades de acceso a los bienes culturales, abriéndose lentamente el campo hacia nuevos sectores sociales. El fomento de las artes cuenta con nuevos instrumentos de financiación pública con vocación descentralizadora (FONDART) y de estímulos tributarios que favorecen la participación del sector privado, a lo que se suma el Fondo del Libro, que permitirá dar una base financiera a la promoción del área.

En relación a los servicios culturales, se desarrollaron tres vías. Una dirigida a acortar el déficit existente en la calidad de los servicios ofrecidos a la población de bajos ingresos (canalizada principalmente

---

(6) José Joaquín Brunner desarrolla estos cambios en términos de la creciente pérdida de protagonismo de Estado en el campo. Ver *Nuevos ámbitos para las políticas culturales*, borrador de discusión, 1993.

a través del circuito educacional), otra orientada a ofrecer nuevos tipos de servicios (en particular, los dirigidos a la juventud) y, por último, recursos destinados a mejorar y modernizar la gestión cultural mediante la concurrencia de variados instrumentos.

Todo lo cual, sin embargo, no es sino el comienzo de una trayectoria más larga y que se anuncia compleja, ya sea por la magnitud de los déficits como por la relación a menudo conflictiva y de responsabilidades imprecisas entre Estado y sectores culturales. Una tarea prioritaria será definir los límites y competencias entre el dominio público y el privado y fijar financiamientos y objetivos acordes a la responsabilidad pública.

*Nuevos y antiguos malestares.* Así las cosas, es necesario entrar en las brechas que continúan abiertas y en los descontentos que persisten. El primer ejercicio es aceptar de una vez por todas y de buen grado que, pese a que han dado cambios positivos en la ampliación de espacios, oportunidades, en la apertura y descompresión del medio, en la puesta en marcha de iniciativas, leyes y créditos, etc., subsiste en el medio un malestar difuso, producto tal vez de las características de nuestra transición, de sus prioridades de inversión, como también del reacomodo a un sistema de mercado que arbitra implacablemente y sin mayores consideraciones comunitarias.

El malestar no es, sin embargo, privativo del sector cultural especializado y se despliega, con diferentes banderas hacia distintos ambientes, expresando una suerte de impaciencia por la preeminencia que durante estos años han tenido los acuerdos sobre la disensión y la crítica, las cúpulas políticas sobre los votantes, las metas globales sobre las necesidades de menor rango pero de gran capacidad expresiva y diferenciadora en la base social. *Una exigencia de dar término, desde la cultura, a una etapa de fragilidad que ha exigido postergar diferencias en beneficio del fraguado definitivo de la democracia.* ¿Cuál sería finalmente un equilibrio entre lo prudente y lo valiente, entre los elementos conservadores necesarios para dar continuidad a la vida cultural y la innovación también necesaria para conservar su vitalidad? ¿Cuándo, si es posible, termina la «transición»? O un país como el nuestro ya no volverá a confiar en las imágenes que tiene de sí mismo (aunque permanentemente las recree), por la misma fragilidad que han demostrado tener.

*Las críticas.* Coexisten varias posturas críticas —al centralismo, al elitismo, al desorden administrativo y a las competencias ministeriales, al rol del Estado, al conservadurismo, al moralismo, a la esclerosis, a la distancia entre sociedad y cultura, etc.— que pueden ser agrupadas a *grosso modo* en dos tipos: a) las que reclaman un papel más activo y central del Estado como contrapeso del predominio del mercado, respaldado por un aumento considerable de los recursos finan-

cieros públicos y b) las que centran su argumentación en elementos de naturaleza ética y en una demanda sobre la política. Quisiera detenerme sobre este último punto.

Tras el «malestar ético» se perfila una crítica referida a: a) el uso de la libertad y a la noción de comunidad, donde estarían compitiendo *en condiciones dispares* visiones sobre la sociedad, lo público y lo privado y la amalgama espiritual y material que encierra cada individuo y que apuntan hacia la falta de tolerancia que aún persistiría en la sociedad chilena; y b) una crítica a la *dispersión*, donde el término de las concepciones totalizadoras hubiese desembocado —para muchos— en un proceso inexorable: la dictadura de la economía sobre la sociedad, con todas las contradicciones que significa en cuanto a la concepción del futuro y a la calidad de la vida (o la capacidad del modelo de desarrollo de acercarse a esa noción). Estas críticas están destacando, a mi modo de ver, que la cultura no puede ser analizada solamente (ya que no vivida) como un «compartimento estanco» y que se trata de un ámbito privilegiado para abordar el desarrollo de la sociedad en su conjunto.

*Debilidad del discurso sobre la cultura.* No es difícil observar la proliferación de discursos sobre la cultura que conviven en un mismo momento —entre los partidos políticos pero también dentro de ellos, en grupos de trabajo, en cortes generacionales y ocupacionales, etc.— cuya característica compartida es la distancia y a menudo la asincronía que se produce entre ellos. A veces cargados de obsolencias o retóricas, otras veces iluminista o plena de intenciones redistributivas y en otras oportunidades reivindicativas —ya sea del espíritu como de los fueros de lo nacional y popular— en fin, con énfasis en la cultura masiva y mediada o de espaldas a ella, especializado o general, lo cierto es que es difícil que de todos estos propósitos emerja *una mirada mínimamente consistente* que pueda incidir —si no es por azar— en el carácter que va asumiendo nuestra sociedad.

Se trata más de un «rumor» de discursos que de un discurso que contenga una variedad de miradas capaces de entrelazar entre sí y de articular diferencias. Lo anterior se traduce, entre otras cosas, en resultados magros, particularmente a la hora de discutir presupuestos nacionales. Identificar cultura sólo con manifestaciones artísticas o recluirla en una noción (espiritual, telúrica) poco fecunda o insuficiente arraigada en la vida común de los ciudadanos deja, a mi parecer, un gran vacío por el lado de los procesos donde sí están operando los sentidos de la convivencia. En el discurso político todos están de acuerdo en la importancia de la cultura. Pero ¿por qué finalmente se traduce en una visión reducida de su campo y en unos recursos que se contabilizan bajo la rúbrica de la filantropía y no de la inversión? No creo que la causa sea la ceguera del legislador ni la estrechez de Hacienda. Más bien es producto de una incapacidad de

generar una(s) concepción(es) que tome(n) para sí, por lo menos, la complejidad de la materia y de las políticas que requiere. Incapacidad donde pareciera no haber grandes diferencias entre corrientes políticas —más bien sesgos y preferencias— para concebir políticas múltiples y convergentes sobre la «dimensión cultural» de la sociedad (¿o no es cultural la forma en que vamos haciendo nuestras ciudades, por ejemplo?).

#### 4. La extrema livianidad

Abordar el tema de la cultura desde una óptica doble, como sistema y como trama social, tiene riesgos a menudo insorteables, los que asumo plenamente en la creencia (o esperanza) de que la confusión no es siempre negativa si nos permite «reflejar en el espejo» el desorden y el encadenamiento con que a menudo se presenta la realidad y desde allí, desde la imagen reflejada, vencer la amenaza de un futuro que se muestra azaroso e ilegible, de una cultura de lenta reacción, que parece transitar —con desenfado y liviandad— en medio de los cambios de la sociedad, hacia cualquier parte, hasta que la economía nos separe (o nos una para siempre en un «shopping center» con un pesado libro bajo el brazo).

Por último, escribir sobre «la cultura» tiene una pesadez lingüística y un valor agregado que limita y esconde lo que en realidad trata, es decir poner a contraluz hechos y fenómenos que —como no son una ley de la naturaleza— tienden a moverse y escapar sin una lógica predecible. Permanece el deseo (y también la necesidad) de explicarnos el presente y reclamar un trozo de ingerencia en lo que viene, de atrapar el sentido del momento teniendo «arte y parte» en el asunto. Tal vez la permeabilidad de la cultura requiere lo mismo de su reflexión y quién sabe si ponerle nombre a un tema es ya el comienzo de algo.